

EN TORNO A LOS INÉDITOS DE MACHADO

por Antonio Rodríguez Almodóvar

Entre los acontecimientos literarios del año 2003 figura la aparición de los manuscritos de los hermanos Machado que aún permanecían en poder de la familia. De tanta importancia, y tan por sorpresa ocurrió, que se produjo una especie de estupor generalizado, del que los medios académicos tardaron en recuperarse. (Algunos no lo han hecho todavía). Sólo en los de comunicación puede decirse que el fenómeno alcanzó cierta dimensión pública, aunque tampoco excesiva. No es de extrañar, en un mundo intelectual dominado por las presiones del mercado o por la rueda azarosa de los centenarios. Para los primeros que tuvimos la suerte de ocuparnos de leer y estudiar esos textos, sin duda fue mejor que ocurriera de ese modo, pues ello nos ha permitido trabajar con tranquilidad, aunque sin descanso, durante todo el año 2004, y aplicarnos rigurosamente el aforismo del maestro: “Despacito y buena letra, / que el hacer las cosas bien / importa más que el hacerlas”.

Todo partió de la subasta que organizó en Sevilla, un 20 de noviembre de 2002, una sociedad mercantil ligada a la Caja de Ahorros El Monte, de Sevilla. El lote en cuestión llevaba el número 243, y consistía en una miscelánea de manuscritos de los dos poetas sevillanos, hasta un total de 703 páginas, que si tenemos en cuenta que más de un tercio están escritas por ambas caras, se nos va la cifra a más de 900. En su mayor parte son de Antonio, con esa caligrafía suya tan engañosa, de apariencia fácil pero con frecuencia poco amiga del lector apresurado. El acontecimiento pilló poco prevenidas también a las instituciones sevillanas, y con escaso margen para preparar un intento, por separado o conjunto, de pujar, o acaso de ejercer ciertos derechos de tanteo, y evitar así el riesgo de que este importantísimo legado pasara a manos privadas o que incluso pudiera salir de España. Algunas personas, del mundo de las letras y de la comunicación, alertamos del peligro. Me consta, igualmente, que algo se habló entre los responsables de algunos organismos, pero sin que prosperara ninguna propuesta en firme. (Sevilla es una ciudad extremadamente reacia a este tipo de acuerdos, lo que ya le impidió hacerse con un Velázquez, la Santa Rufina, en otra célebre subasta del año 99; como que el cuadro acabó en manos de un coleccionista particular de Londres. Y eso que en la cuna de don Diego sólo hay una tela suya, lo que da cierta idea también de cuál es el verdadero trasfondo cultural de una urbe donde los estetas, y muchos amantes de poca enjundia, porfían a diario acerca de su singularidad universal).

Con esos antecedentes, el día 20 de noviembre estuvimos con el alma en vilo. Los manuscritos salieron por un valor de 575.000 euros y sólo se realizó la primera puja. Un ciudadano, en nombre de una entidad en aquel momento no revelada, alzó su paleta a los 625.000 euros, y no hubo más. Adjudicado. Ante la demanda de información por parte de numerosos periodistas presentes en la sala, la persona acreditada sólo pudo asegurar que los manuscritos no saldrían del

país. Hasta entonces no empezamos a respirar tranquilos. ¿Pero quién era el adjudicatario?

Al día siguiente se supo: una caja de ahorros de la región, pero no El Monte, de Sevilla, como hubiera parecido lo más lógico, sino Unicaja, la entidad financiera con sede principal en Málaga. La conmoción psicológica fue de órdago en los cenáculos de la capital de Andalucía, aunque todo el mundo disimuló. ¿Cómo era posible que Málaga le hubiera arrebatado la iniciativa a la ciudad natal de los dos poetas? La explicación era sencilla. Al frente de Unicaja se encuentra Braulio Medel, un sevillano de Marchena, gran lector y admirador de Machado. Atento a la jugada desde el primer momento, y con rigurosa discreción, lo dispuso todo para que la entidad que dirige se hiciera con los documentos. A la primera noticia sobre el destino del fondo, él mismo añadió otra buena nueva: tampoco saldrían de Sevilla.

El fondo en cuestión aparecía, bajo cierta tentativa de orden, como un verdadero maremágnun, repartido en tres cartapacios, comprensivos de seis cuadernos, tres cuadernillos y muchas agrupaciones de hojas sueltas. Poesía, prosa, teatro, ensayo, cartas... De todo. Páginas y páginas con la letra de Antonio Machado, que parecían estar esperando a unos pacientes lectores con voluntad de descifrarla, y algo más: de encontrar el hilo sutil, pero de acero, que las había mantenido atadas al fondo más turbulento y trágico de la historia de España.

A los primeros y afortunados lectores - Carmen Molina, especialista en conservación de documentos, y yo-, pronto se unieron Rafael Alarcón Sierra, autor de varios trabajos machadianos, como el prólogo a la edición de las *Prosas Dispersas (1893-1936)* de Jordi Doménech; y Pablo del Barco, especialista en Manuel Machado y en el *Juan de Mairena*, del que ha preparado varias ediciones. Por mi parte, también tengo escritos aquí y allá varios artículos sobre el autor de *Campos de Castilla*, aunque son más las horas dedicadas a los dos hermanos en mi temprana adscripción a la Universidad de Sevilla, además de haber sido partícipe privilegiado de unos inolvidables seminarios que Agustín García Calvo organizara, casi clandestinamente, sobre *Juan de Mairena*, en la Sevilla mojigata de los primeros 60. En realidad, toda mi vocación machadiana procede de ahí.

El que Braulio Medel me adjudicara la responsabilidad de coordinar los trabajos en torno a esos manuscritos fue para mí un auténtico regalo –amén de una responsabilidad tremenda-, que nunca sabré cómo agradecer. Consecuencia de ello, las Navidades más felices que recuerdo en muchos años fueron para mí las de ese 2003. Mientras por la calle Sierpes discurría el flujo de consumistas compulsivos, yo me encerraba en una sala de la sede de Unicaja con los manuscritos de Machado, a cuyo través vi pronto transparentarse el alma del poeta, de un modo que llegó a ser escalofriante. Allí, en la soledad bien acompañada por la caligrafía del maestro, me parecía sentir el incesante rasgueo de su pluma sobre las cuartillas amarillentas. Y, con ello, el latido de un alma reflexiva en el instante original de su palabra en el tiempo, aquel nada fácil que

le tocó vivir. Unas pequeñas quemaduras de cigarro, aquí y allá, ponían el toque de verismo imprescindible. Como que parecía estar a punto de cuajar en realidad sonora la voz del autor de *Soledades*. Y si tal cosa no llegó a suceder, al menos pude comprender cabalmente por qué María Zambrano dijo en cierta ocasión que a Machado se le podía escuchar cómo pensaba.

* * *

Una vez desbrozado y aclarado el complejo panorama de esos manuscritos, el grupo de investigación ha fijado una primera lectura y clasificación de sus más de 900 páginas autógrafas, siguiendo y combinando en lo posible cronología y géneros, a partir de dos grandes grupos: textos de creación y textos profesionales. Queda ello reflejado en el plan de publicación de la obra, que comprenderá diez volúmenes dobles (facsimil y transcripción, con anotaciones), más una entrega preliminar a la que hemos denominado *Cuaderno 0*, y que es la que se presentó en Sevilla el día 23 de febrero, con motivo de un encuentro de poetas españoles e hispanoamericanos, alrededor del 66 aniversario de la muerte de Antonio Machado, y como preludio de lo que será la Casa de los Poetas de esta ciudad.

En el *Cuaderno 0*, se adelanta lo que parece más sustantivo del conjunto: los inéditos de poesía de Antonio Machado. Hemos contabilizado en torno a 50 poemas hasta ahora inéditos o variantes muy significativas de otros tantos textos ya conocidos. No debe extrañar la imprecisión de la cifra, pues el criterio comprende una inevitable dosis de subjetividad, en torno a qué sea “variante significativa”, más otro valor inestable, cual es el grado de terminación de algunos de esos poemas, meros bocetos en algunos casos. Queriendo precisar un poco más, puede decirse que son 44 los poemas inéditos suficientemente terminados y claramente diferenciados de lo ya conocido. Entre ellos, muchos aforismos y canciones, y algunos poemas largos, como el dedicado a la figura de Rabindranath Tagore, en el contexto de la Primera Guerra Mundial:

Desde la tierra de los grandes lotos
y santos ríos, príncipe y poeta,
tras la bélica Europa en que el planeta
cruje entre sangre, con los huesos rotos,
poder en Oriente y mística oriental
nos llega tu corazón como un latido,
Rabindranah, tu corazón se ha oído
en este promontorio occidental.

Esta tarde de otoño, mientras suena
la lluvia en los bambús y se achubasca
tu cielo bengalí, la guerra truena
y el río de la vida se aborrasca
en la Europa sombría
tu libro viene a la sangrienta Europa
–clamor de guerra y caminar de tropa–
cual vino el cuento de Gotamana un día.
Por esta Europa sobre el blanco toro
Jove cabalga, cantan militares
habrán de ser los cielos {?}, montes de oro
irá la guerra por los siete mares.

También figuran ahí tres composiciones a Guiomar, probablemente escritas, por tono y contenido, cuando ya la relación personal estaba acabada, es decir, con posterioridad a 1935:

II

Tu fuiste mi gran sorpresa:
ver lo que más se ha esperado,
día en que ya no se espera.

III

Tú me buscaste un día
-yo nunca a ti, Guiomar-,
y yo temblé al mirarme en el tardío,
curioso espejo de mi soledad.

IV

Temblé como temblaba cuando niño,
al sospechar...
Y cuando adolescente,
sabiendo ya

lo que sabían todos, y, maduro,
cuando volví a ignorar.

Ahora, ya viejo, esa palabra fuerte:

“¡mujer!”, ¡cómo otra vez me hace temblar!

La serie debió tener un poema más, pues comienza en II. Destaca la revelación que por primera vez hace aquí Machado: “Tú me buscaste un día/ -yo nunca a ti, Guiomar”.

Los demás hablan por sí solos de las persistentes obsesiones de Machado. Así, sobre la verdad:

La verdad más verdadera
es la que buscan los buenos
y los mejores inventan.

(Relacionado con:

*“Se miente más de la cuenta
por falta de fantasía.*

También la verdad se inventa”)

Dijiste media verdad.
y para mentir dos veces
te guardas la otra mitad.

(Variante de:

*“¿Dijiste media verdad?
Dirán que mientes dos veces
si dices la otra mitad.”*

¿Tu verdad? ¿Y la verdad?
Nadie la encontró. Por eso
hay que volver a buscar.

(Relacionado con:

*“¿Tu verdad? No, la verdad,
y ven conmigo a buscarla.
La tuya, guárdatela?”*

-La impenetrable condición simbólica del mundo:

Alguna vez he pensado
si el alma será la ausencia:
cuanto más cerca, más lejos,
cuanto más lejos, más cerca.

Oliendo un jazmín
se quedó dormido
y soñó con un jardín.

Cuanto vale se ignora y nadie sabe
ni ha de saber de cuanto vale el precio

(Relacionado con:

*“Todo necio
confunde valor y precio”*)

Finé: ¡cómo se ilumina
el mundo! Por todas partes
asoman ojos que miran.

-El problema del *tú*:

Busca el *tú* esencial,
que no está en ninguna parte,

y en todas partes está.

(Variante de:

*“No es el yo fundamental
eso que busca el poeta,
sino el tú esencial”)*

Hay un problema fatal
-para el siglo veintinueve-
que hoy nadie a mirar se atreve:
el del tú trascendental.

(Relacionado también con:

*“No es el yo fundamental
eso que busca el poeta,
sino el tú esencial”)*

-La poesía como medio paradójico de conocimiento:

Cuida de que tenga
cara y cruz tu verso,
como la moneda.

(Relacionado con:

*“Da doble luz a tu verso,
para leído de frente
y al sesgo”*

Más de cuando en cuando,
para ver si es bueno,
bótalo en el mármol.

Caprichos del solitario:
mirar de frente las cosas
que se han visto de soslayo.

(Relacionado también con:

*“Da doble luz a tu verso,
para leído de frente
y al sesgo”)*

Mirar a lo que se vio
con el rabillo del ojo,
que fue, siempre, lo mejor.

*(Lo mismo que el anterior,
como también el siguiente)*

Y la otra mitad
de lo visto a medias
volver a mirar.

-La fantasía inevitable del amor:

Y siento que otra vez mi nombre suena
en labios de mujer, que es ser nacido
a lujuria y piedad, a vida plena.

Viejo,
Amor, si en la postrera llamarada
verás una desierta galería
y desierto el espejo en que tu amada
se veía.

-La hipocresía:

Gritó: carnaval se acaba.
Y se quitó la careta.
No tenía cara.

Y, cómo no, los paisajes de Castilla y Andalucía, entremezclados:

La fresca lluvia los pinos
de Guadarrama lavó;
por el campo y los caminos
del aire el verano huyó.

Entre marismas verdinegras corre
Guadalquivir hacia las verdes olas.

-Finalmente, la obsesión por Sevilla, que le acompañó hasta el último día de su vida:

Entra la luz dorada de Sevilla,
abierto
el corazón al mundo,

De todos modos, no se ha de juzgar el valor inmenso de estos manuscritos – muy superior a lo que han costado- por este avance. Pues es en el seno de ellos mismos, en lo que precede o sucede a cada texto, en lo que está borrado, sobrescrito, en los arrepentimientos y retornos, en la abundancia de versiones con que un poema y otro aparecen, donde estriba el verdadero interés de este legado. Es decir, en el taller del poeta. Allí donde se define la verdad paralela del hombre y del creador, con sus dudas, sus tentativas, sus terquedades; en las gotas de rabia jacobina con que tacha, en la templanza con que recupera. En suma, un tesoro incalculable para los estudiosos de Machado, y una nueva causa de admiración para todos.